

Soler C. "Estudios Sobre la Psicosis"

FOTOCOPIADO

C.E. Psi
ADULTOS

Folio 131 S/F
DE 2

1-14 Δ

EL TRABAJO DE LA PSICOSIS

Freud, al descifrar a Schreber, reconoció en el delirio una tentativa de curación que nosotros confundimos —dice— con la enfermedad. De ahí la necesidad de distinguir, en el propio seno de la psicosis, entre los fenómenos primarios de la enfermedad y las elaboraciones que se les añaden, y mediante las cuales el sujeto responde a esos fenómenos que padece.

Decir "trabajo de la psicosis" como se dice "trabajo de la transferencia" en el caso de la neurosis, implica también marcar una diferencia fundamental entre neurosis y psicosis. Esta diferencia es la consecuencia de otra: entre la represión, mecanismo de lenguaje que Freud reconoció en el fundamento del sintoma neurótico; y la forclusión, promovida por Lacan como la causa significativa de la psicosis. Mientras que el trabajo de la transferencia supone el vínculo libidinal con un Otro hecho-objeto, en el trabajo del delirio es el propio sujeto quien toma a su cargo, solitariamente, no el retorno de lo reprimido sino los "retornos en lo real" que lo abruman. Mientras que no hay autoanálisis del neurótico, el delirio sí es una autoelaboración en la que se manifiesta con toda claridad lo que Lacan denomina "eficacia del sujeto". El delirio no es, evidentemente, su única manifestación: que se hable de prepsicosis antes del desencadenamiento y de eventuales estabilizaciones después, indica suficientemente que la forclusión es susceptible de ser compensada en sus efectos, con formas que no se reducen exclusivamente a la elaboración delirante.

El problema para el psicoanalista es saber si este trabajo de la psicosis puede insertarse en el discurso analítico; y, en caso afir-

2 S/F

3

mativo, cómo. Indudablemente, estamos seguros de la pertinencia de nuestras paulas estructurales concernientes a la psicosis — hasta los psiquiatras están empezando a considerarlas—, y sabemos que los psicoanalistas formados en la enseñanza de Lacan no se niegan a afrontar la psicosis; pero aún se necesita saber mediante qué operación. Para ser más precisos: ¿puede tener el acto analítico incidencia causal sobre el autotratamiento de lo real, como la hay en el trabajo de la transferencia? Y, por lo menos, ¿hay una afinidad entre la mira, los efectos de aquél y los propios objetivos del tratamiento analítico? Dicho de otra manera, ¿hay al menos una simpatía entre la ética del bien decir, y la ética del sujeto psicótico?

Primero necesito marcar la frontera entre la enfermedad propiamente dicha y las tentativas de solución, entre el psicótico "mártir del inconsciente", como dice Lacan, y el psicótico eventualmente trabajador. Llamarlo "mártir del inconsciente" es otra manera de designar el retorno en lo real de lo que fue forcluido de lo simbólico y que se impone al sujeto, para su tormento y perplejidad, en fenómenos que los psiquiatras clásicos ya solían reconocer aunque sin comprender su estructura.

Aprehendemos la lógica de este retorno en lo real si advertimos que hay una solidaridad entre la eficacia del Nombre-del-Padre, la constitución de lo simbólico, en el sentido de la cadena significante, y una limitación de goce que Freud percibió con las nociones de objeto perdido y, sobre todo, de castración. Asimismo, la forclusión es solidaria del significante en lo real —lo que no quiere decir únicamente el significante surgiendo solo, fuera de la cadena del sentido— y de emergencias correlativas de goce. En este sentido, el hecho de que Lacan planteara, con la noción de forclusión, la causalidad significante de la psicosis —que además implica de por sí una responsabilidad del sujeto— no impide que la psicosis siga siendo para nosotros lo que era ya para Freud: una enfermedad de la libido.

Desde ese momento, el trabajo de la psicosis será siempre para el sujeto una manera de tratar los retornos en lo real, de operar conversiones; manera que civiliza al goce haciéndolo soportable. Así como podemos realizar la clínica diferencial de los retornos en lo real según que se trate de paranoia, esquizofrenia o manía, podemos diferenciar también las mencionadas soluciones.

Las mejor observables son las que echan mano a un simbólico de suplencia consistente en construir una ficción, distinta de la ficción edípica, y en conducirla hasta un punto de estabilización; obteniendo éste mediante lo que Lacan consideró en una época como una me-

táfora de suplencia: la metáfora delirante. ¿Qué hace Schreber sino construir una versión de la pareja original, distinta de la versión paterna y en la que el goce en exceso encuentra un sentido y una legitimación en el fantasma de procreación de una humanidad futura? Schreber inventa y sustenta, por su sola decisión, un "orden del universo" curativo de los desórdenes del goce cuya experiencia él padece; y, donde el Nombre-del-Padre forcluido no promueve la significación fálica, aparece una significación de suplencia: ser la mujer de Dios, con la ventaja de que el goce desde ahora consentido se localiza sobre la imagen del cuerpo, y con la diferencia de que la significación de castración de goce queda excluida en beneficio de un goce de la relación con Dios, marchando a la infinitud. Única restricción: esa infinitud no es actualizada —no todavía— sino aplazada al infinito.

En muchos casos funciona la misma solución consistente en tappar la cosa mediante una ficción colgada de un significante ideal, pero no requiere por fuerza la inventiva delirante del sujeto. Creo que, por ejemplo, esta solución brinda la clave de muchas sedaciones o de muchas fases "libres" de la melancolía. Casi siempre se las presenta como enigmáticas, debido a su carácter súbito y también a su reversibilidad; pero, en la mayoría de los casos, un enfoque metódico revela que estos virajes inesperados son efectos de la regencia restaurada de una significación ideal, significación que vuelve a dar al sujeto la posibilidad de deslizarse bajo el significante que daba sostén a su mundo. Salvo que entonces, en general no es resultado de un trabajo del sujeto —hace ya tiempo que los psiquiatras registraron la resistencia del sujeto melancólico a la elaboración—, sino, más frecuentemente, el efecto de una *tyché*, de un encuentro que viene a corregir el de la pérdida desencadenante. En estos casos el sujeto no inventa sino que toma pretexto del Otro —casi siempre materno— un significante que le permite, al menos por un tiempo, tappar, mediante un ser de pura conformidad, el ser inhumano que él tiene la certeza de ser.

Civilizar a la cosa por lo simbólico es también la senda de ciertas sublimaciones creacionistas. La promoción del padre es una de ellas, y Lacan lo decía en su Seminario *La ética*. Se comprende entonces que estas sublimaciones se vean particularmente solicitadas en la psicosis, como lo prueban tantos nombres conocidos: Joyce, Hölderlin, Nerval, Rousseau, Van Gogh, etcétera. No todas las sublimaciones son del mismo tipo, pero las que proceden por la construcción de un nuevo simbólico cumplen una función homogénea a lo que es el delirio para Schreber. Consideremos a Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo, quien va forjando sus ficciones sucesivas.

Pensador político, primero —desde el primer Discurso hasta *El contrato social*—, después novelista del amor con *La nueva Eloísa*, luego educador con el *Emilio* y finalmente Pygmalión de sí mismo con sus *Confesiones*. En todos los casos, a la vez crítico e innovador, Rousseau rectifica los ideales y los renueva, trata el desorden del mundo —de la sociedad, las costumbres, el individuo—, se encarga de la rectitud del orden social, de la pareja sexual y del individuo, para conjurar el goce nocivo y pervertido del hombre civilizado. Esta empresa culmina en el *Emilio*, que lo convierte casi en padre del hombre nuevo y que por este hecho, sin duda, lo precipita en el delirio efectivo.

Existen otros tipos de soluciones que no recurren a lo simbólico sino que proceden a una operación real sobre lo real del goce no apresado en las redes del lenguaje. Así sucede con la obra —pictórica, por ejemplo— que no se sirve del verbo sino que da a luz, *ex nihilo*, un objeto nuevo, sin precedentes —por eso la obra está siempre fechada—, en el que se deposita un goce que de este modo se transforma hasta volverse "estético", como se dice, mientras que el objeto producido se impone como real.

Aquí es donde nos topamos con la paradoja Joyce; quien lleva a cabo esta operación con la literatura misma. Siendo el arte que más incluído está en el registro de lo simbólico, Joyce logra hacerlo pasar a lo real, o sea al "fuera del sentido". Una proeza, sin duda. La diferencia con toda la demás literatura es perceptible. Joyce no rectifica al Otro del sentido como Rousseau: lo asesina. En este aspecto sus *Epifanías* son paradigmáticas. Esas breves frases sacadas del contexto que podría darles significación, esos fragmentos de discursos en los que el sinsentido reluce, dan fe de una operación que no carece de afinidad con la de Wolfson. Se opera con el lenguaje de tal modo que el Otro queda evacuado, y se procede a una verdadera *forclusión del sentido*, forclusión que es al mismo tiempo una *letrificación del significante* mediante la cual éste se transforma en *átomo de goce... real*.

En la misma línea de tratamiento de lo real por lo real, tenemos los pasajes al acto auto —y hétero— mutiladores. Son totalmente antinómicos a la sublimación creacionista, pero sin embargo no la excluyen. Consideremos a Van Gogh, quien, a punto de alumbrar una de esas obras maestras que nos maravillan, corta en carne viva su cuerpo y su imagen, que él disimetriza para convertirse en el hombre de la oreja cortada. Esta oreja menos, como en muchos otros atentados de la psicosis —véase especialmente el Niño del Lobo de Rosine y Robert Lefort— realiza en acto, a título casi de su

plencia, el efecto capital de lo simbólico, esto es, su efecto de *negativización del ser viviente*. Del daño causado en acto al cuerpo propio o también a la imagen del semejante, de la agresión mutiladora hasta el suicidio o el asesinato, la mutilación real emerge en proporción a la falta de eficacia de la castración, y ello hasta el punto de adquirir a veces un alcance diagnóstico.

Lo ilustraré con un caso ejemplar en el que llegué a conocer, antes de que apareciesen de manera evidente para todos, los signos patognomónicos de su psicosis. Se trata de una mujer. Durante cerca de diez años había estado en manos de médicos a causa de una grave enfermedad llamada saturnismo, que le hizo rozar la muerte en repetidas ocasiones y le dejó secuelas importantes. Interrogada durante años, jamás soltó una palabra sobre la causa, causa que reveló un día —para su propia sorpresa— en una nueva consulta: ingería plomo, obtenido por raspado de alambres eléctricos.

De sus auto-atentados sólo puede decir una cosa, repetida como un leitmotiv: "quería morir". ¿Desde cuándo? Desde que tenía diez años, o sea desde la muerte de su madre, enferma de cáncer hacia ya cinco. Antes de los cinco años —dice—, era el paraíso; y de él le queda un único recuerdo en el que se ve enroscada en el regazo de su madre. Podría hablarse aquí de reacción melancólica si no fuera que en el discurso de esta persona falta radicalmente cualquier matiz de tristeza, cualquier sentimiento de pérdida y más aún de culpabilidad, en provecho de la afirmación, repetida sin el menor afecto aparente, de una pura voluntad de muerte. Se descubre luego, más allá de los atentados contra su vida, reales pero fracasados, un impulso al asesinato que fue, en definitiva, más eficaz.

A los ocho años se le ocurrió la idea de suministrar a su madre enferma algún medicamento definitivo. Casada muchos años después, vierte somníferos, subrepticamente, en el café de su marido. Enfermera de profesión, interviene en la muerte de un anciano enfermo al que administra —a sabiendas— una dosis excesiva. En el momento de la entrevista sabe que su hijo está amenazado; un día mató con veneno al gato que este hijo adoraba. Aclara que fue un impulso súbito e inexplicable, pues dice: "yo quería a ese gato". Entonces, ¿por qué? Sólo puede responder: "lo vi". Luego: "era o él o yo". Más tarde agregará: "él o mi hijo". Vemos intervenir en acto una suerte de *fort-da* de la vida y la muerte del sujeto y de sus objetos. Lo que aquí importa no es tanto el carácter irreprimible del acto, que también aparecería en ciertos pasajes al acto de la neurosis, sobre todo la obsesiva, sino el hecho de que el sujeto no sólo no puede dar cuenta de él, sino que ni siquiera se considera responsable. Como indiferente a su gravedad, sólo puede enumerarlos, sin

problematizarlos nunca y teniéndolos por ajenos a ella misma. Esta persona se encuentra habitada por una necesidad casi presubjetiva de negativizar el ser-ahí, y más precisamente de perder un objeto que está como en exceso. Pues cuando el objeto no es llamado a complementar la falta fálica, cuando es únicamente el doble especular del sujeto, funciona en exclusión y deviene para él sinónimo de muerte. Se entiende que un objeto así, un objeto que, lejos de fundar un lazo social, lo ataca, deja poco espacio para el psicoanalista.

Los diversos tratamientos de lo real que acabo de distinguir —por lo simbólico, por lo real de la obra o del acto— no son equivalentes, desde luego, a los ojos del psicoanalista: el último casi lo excluye y el segundo lo vuelve superfluo.

En efecto, el acto negativizador se estrella a la vez con los límites de la legalidad, como tratamiento que al Otro social le es imposible soportar, y con sus límites propios, al no tener otro futuro que su repetición. En cuanto a las producciones del arte que alcanzan un bien-inventar, ellas no contradicen el imperativo de elaboración del análisis pero, contrariamente al bien decir, que se despliega en el entre-dos decir del analizante y del intérprete y como producto del lazo analítico, estas obras se realizan en soledad y vuelven superfluo al analista. Queda aún el bien-pensar de las elaboraciones simbólicas que logran compensar la carencia de la significación fálica, y a su respecto habrá que plantearse qué papel causal puede cumplir en ellas el analista.

En todos los casos hay una cosa segura: si el analista acoge la singularidad del sujeto psicótico —como de cualquier otro sujeto—, no lo hace como agente del orden, y la sugestión no es su instrumento. Sin embargo, si está preparado para escuchar y soportar a aquel que no es esclavo de la ley fálica, aún tendrá que medir los riesgos que asume en cada caso, para sí mismo y para algunos otros.

RECTIFICAR AL OTRO

El libro de Rosine y Robert Lefort, *Las estructuras de la psicosis*,¹ yuxtapone al relato de una cura minuciosamente anotada un trabajo de matematización de dicha cura, trabajo que es posterior y que en cierto modo recubre y fractura un tanto su marcha. En un primer momento, leyéndolo de un tirón y sin detenerme en las pequeñas etapas de la teorización, pude advertir que se trataba de una gran marcha. Sabemos en qué culmina: culmina cuando el pequeño Roberto adquiere figura humana. Al final, está humanizado. Puede insertarse más o menos en un lazo social. Pero, ¿de dónde partió? Todo empieza en el Lazareto. El término posee siniestras resonancias de exclusión, de segregación, de reparto de esos seres que son los desechos del discurso. Aquí no estamos en el limbo, y este Lazareto, al llegar Roberto, pasa a ser incluso un infierno. Es un sitio impresionante, un mundo de miedos, gritos, moces, pipí y caca, un universo de golpes y trasudor: imaginario ilustrado por Jérôme Bosch, más bien que meditado por Dante; podría ser grandioso.

Cuánto admiro a la que avanza por este lugar provista de su solo deseo de analizar: Rosine Lefort. Avanza, por lo demás, y le rindo homenaje, sin esa onza de obscenidad que estos sitios podrían convocar. ¿No se advierte acaso cuán desesperada habría parecido su empresa? En cualquier caso, de ninguna forma razonable, si llamamos razonable a aquello que responde a las empresas del sentido común. Esta empresa resulta por ello más titanesca aún. Es verdad que al leer este libro de un tirón, se percibe que el universo de miasmas en que vive el pequeño Roberto es atravesado, gracias a la llegada de esta analista, por un intenso soplo. Más precisamente,